

Supo utilizar sus lecturas, bordar con perlas virgilianas la sedosa tela de su poesía y dar á sus cantos una armonía acariciadora y estudiada. Sus pastores compran sus oboes, no en la choza del mercero de la aldea, sino en la mejor tienda de la ciudad.

Secretario y gentilhombre ordinario de la duquesa de Montpensier, y después de Mad. de La Fayette, auxiliaba á estas damas en sus trabajos literarios, guiando á ésta en su *Princesa de Clèves*, y á aquélla en su *Relación de la Isla Imaginaria*, lo mismo que en su *Princesa de Paflagonia*.

También cultivaba personalmente la novela, como lo prueban sus *Novelas francesas ó los solaces de la Princesa Aurelia*, el *Toledano ó Historia romántica de Don Juan de Austria*, y también *Berenice*.

Tradujo todo el *Virgilio*, y Andrés Chénier cultivó asiduamente su lectura: el alumno da testimonio del valor del maestro.

De su tiempo data la Academia de Caen, pues fué creada en su casa, después que se retiró á vivir tranquilamente en provincias y á respirar el aire de los bosques que había cantado. Reunió sus recuerdos en una colección célebre y cómoda llamada *Segraisiana*.

Este poeta novelista nos sirve de transición natural para pasar á la novela, que fué el asunto capital y la más ardiente preocupación de la sociedad de los Preciosos.

CAPÍTULO IV

LA NOVELA

Importancia de la novela en el siglo xvii. — Preciosos y burgueses. — La novela de galantería y la novela vulgar.

Novelas del género precioso. — La *Astrea* de Honorato d'Urfé. — Vida y carácter del autor. — *Isamberto é Hirmantrida*. — Historia de los lobeznos. — D'Urfé soldado. — Honorato y Diana. — Coquetería y obesidad. — Muerte gloriosa. — *Astrea y Celadón*. — El ahogado y las damas de Issoure. — El Forez en el siglo v. — Inocentes pastorelas. — Pasatiempo en casa del Druida. — La falsa doncella. — Casuística amorosa. — Homenaje á las damas. — *Polexandro*, por Gomberville. — El *Gran Ciro*, por la señorita de Scudéry. — Las Tribulaciones de la hermosa Mandana. — La *Clelia*. — La *Ariana* de Desmarests. — *Casandra y Faramundo*, por La Calprenède.

Novelas burguesas. — El *Franción* de Sorel. — Vida de Carlos Sorel. — El hombre y el escritor. — Falsedad de sus negativas. — El cuidado de la verdad. — Un novelista naturalista. — Álbum de aguas fuertes. — Los procedimientos de los Preciosos. — Sátiras contra los financieros. — Importancia de *Franción*. — La *Novela Cómica*. — Una carretada. — Escenas y tipos. — Composición floja. — Episodios de locura y de buen humor. — El realismo de Scarrón.

La *Novela Burguesa* de Furetière. — ¿Quién era el autor? — Las aventuras galantes de la linda Javotte. — Entre las Preciosas.

El Género Burlesco. — Su carácter de trivialidad. — Influencia extranjera. — La *Burla* de Sevilla. — Los dos burlescos. — El género heroicocómico. — La pulga de la Srta. Desroches. — El *Facistol*. — El *Capellán destocado*. — D'Assoucy, el Emperador de lo Burlesco. — Scarrón. — Su vida. — Consecuencias de un baile de máscaras. — Su retrato pintado por él mismo. — La Srta. d'Aubigné y Mad. de Maintenón. — El *Tifón*. — La *Eneida disfrazada*. — La *Feria de San Germán*. — Lo burlesco en tiempo de la Fronda. — D'Ouville. — Cirano de Bergerac á la vez precioso y burlesco. — El lazo de unión. — Su vida. — Recuerdos del amigo Le Bret. — La espada y la pluma. — El escritor. — *Viajes á la Luna y al Sol*.

La literatura científica. — El lazo de unión. — Fusión del preciosismo con el burguesismo. — El ataque: *El Pastor Extravagante*, *Los Héroes de Novela*, *El Parnaso Reformado*. — La guerra á lo inverosímil. — El realismo naciente. — *París Ridículo*. — La *Ciudad de París*. — Otros varios. — Las novelas históricas. — Relatos de observación. — *Memorias del caballero de Grammont*, por Hamilton. — Las *Ilustres Francesas*, por Challes. — Literatas. — La Sra. de Villegardie. — La Sra. de La Fayette. — La *Princesa de Clèves*.

Los *Cuentos de Hadas* de Perrault.

El capítulo de las novelas es generalmente muy abreviado en las « literaturas ». Nosotros hemos querido darle espacio más amplio en relación con la importancia de este género en la historia del espíritu público en Francia.

La novela es una imitación de la vida, ya mejorándola, ya empeorán-

dola, ó ya presentándola tal como es. Idealiza, afea ó procura calcar la realidad. De estos tres géneros el siglo xvii sólo conoció dos.

La novela tiene muchas afinidades con el teatro y el mismo asunto puede producirse sucesivamente bajo las dos formas¹. Los dos géneros tienen, entre otros, el carácter común de reflejar la sociedad en que se producen. La distinción tan neta, en tiempo de Luis XIV, de la aristocracia y de la burguesía, se halla fielmente expresada en el teatro por la distinción no menos precisa de la tragedia y de la comedia, del género noble y del género burgués. Guardan entre sí la misma relación que las dos castas de que son imagen.

La novela traza igualmente el estado social: por una parte grandes señores, príncipes, capitanes y hasta pastores, pero pastores que, á decir verdad, más llevan la espada que el cayado; por otra, los burgueses, ó menos aún que los burgueses, cómicos de la legua, escribientes, muchachas de costumbres equívocas, abogados de mala muerte y procuradores grotescos.

Entre Franción y Pólexandro no hay transición², como tampoco entre Geronte y Agamenón. En este punto hay que hacer nuevamente observar que el espíritu francés presenta, en el siglo xvii, dos tendencias contrarias y netamente opuestas: la una da lugar á cierta libertad de pensamiento y de expresión, á bromas algo verdes y á la excesiva licencia: éste es el *espíritu galo*; la otra se manifiesta por medio de refinamientos, de escrúpulos tímidos en el lenguaje y por ese rebuscamiento de lo exquisito, de lo ingenioso y de lo epigramático que constituye lo que se llama el *espíritu precioso*.

La novela francesa en el siglo xvii se vió sometida á estas dos tendencias únicas; fué *preciosa* ó *gala*, según que escribían la Srta. de Scudéry ó Scarrón.

Empecemos por las novelas de la primera categoría, por las de galantería metafísica y preciosa, cuyos más célebres modelos son: *la Astrea* (1610-1627), de Honorato d'Urfé; *Pólexandro* (1632-1641), de Gomberville; *Ibrahim ó el Ilustre Bassa* (1641), *El Gran Ciro* (1650), y *Clelia* (1656-1660), de la Srta. de Scudéry; *Ariana*, de Desmarests; *Cassandra* (1642), y *Faramundo* (1661) de La Calprenède.

1. Nuestra inimitable *Celestina* bautizada por su autor con el título de *Tragicomedia* es una novela dramática. Recientemente el Sr. Pérez Galdós, tan perito en el arte de novelar, ha tratado de crear con novela y el drama un género híbrido, al que pertenecen *El Abuelo y Cassandra*. (N. del T.)

2. En su interesante libro *El Criticón* hace notar con agudeza el P. Gracón el gran desequilibrio social que se observó en la sociedad francesa. (N. del T.)

Todas estas novelas eran muy largas. Apenas bastaba la imaginación del autor para la invención de peripecias y relatos que no fuesen la repetición de acontecimientos ya vistos y que introdujesen, hasta en el duodécimo ó décimo tercer volumen, algo de imprevisto y nuevo. Así pues se suplía la flaqueza de la imaginación con el empleo de procedimientos imitados de los predecesores, como sueños, profecías, disfraces, y narraciones episódicas.

Por lo demás, reemplazaban á la observación los incidentes maravillosos y las más inesperadas conjeturas. El heroísmo caballeresco había muerto « después de la invención de la pólvora », como dice Marmontel. Los cañones de Chantilly llevaban esta inscripción: « De nada sirve ya el valor. » En las novelas se le reemplazó con una especie de maravilloso antiguo y galante. *La Astrea* es la novela tipo de la especie, y en este concepto merece mayor atención que la que se le consagra de ordinario. Tengamos el valor de abrir esta célebre novela y de trabar por lo menos conocimiento con el héroe famoso, con el amante de *Astrea*, Celadón, cuyo nombre ha enriquecido el vocabulario convirtiéndose en el nombre proverbial y legendario del amante fiel y lleno de abnegación.

¿Quién era el autor? Llamábase Honorato d'Urfé y era un hombre curioso cuya vida evoca toda una época, el fin del reinado de Enrique IV.

El domingo 24 de abril de 1583, había gran fiesta en la ciudad y en el colegio de Tournón para celebrar la triunfal entrada de la muy ilustre dama Magdalena de la Rochefoucauld, esposa del muy alto y poderoso señor Justo Luis De Tournón. Habíase levantado en el patio del colegio un teatro en el que se representó un juguete inventado y dirigido por el joven Honorato d'Urfé, de edad de quince años, que fué el más brillante y notable de los intérpretes; por esta razón se le confió el cuidado de dar cuenta de la representación, y su librito fué impreso en Lyon en casa de Juan Pillehotte.

Los alumnos estaban magníficamente vestidos á pesar de « su aspecto embobado ». Unos estaban cubiertos de hiedra, otros de musgo, otros de pieles de cabra, disfrazados de sátiros; otros estaban vestidos de moros negros, con sus altos birretes de raso verde, rojo y amarillo con pasamanería de plata y hermosos « penachos », grandes bandas de tisú de oro y de plata y de hermoso tafetán rojo, y anchos calzones que les llegaban hasta los tobillos. Todos llevaban rodela adornada con cifras y divisas « muy lindas y muy al caso », y un arco con su flecha,

ambos pintados. Sin embargo la decoración no cedía en mérito á los trajes; los árboles y las paredes estaban graciosamente cubiertos de diálogos, epitalamios, enigmas, odas, himnos, anagramas, emblemas y epigramas hechos en forma de huevos, de torres, de balanzas, de cuchillos, de alabardas, de lanzas, de alas, y de otras lindas invenciones en varias lenguas, principalmente en latín y en griego, todo ello copiado y pintado sobre hermosas hojas de papel de que se gastaron por lo menos seis resmas.

Esta descripción, — de la que podría deducirse que en el teatro del colegio los trajes tenía más brillantez y sobre todo más exactitud que en los teatros verdaderos, — nos muestra, en su estreno como literato, al joven Honorato d'Urfé, absorbido ya por las ocupaciones que habían de llenar casi toda su existencia. Toda ella la había de pasar en vestir y agrupar pastores y ninfas, y en pegar églogas y emblemas en los árboles y en la caverna de Celadón. En cuanto al pintado arco, lo trocará por el arcabuz por ser arma más moderna y más á propósito para el servicio de la Santa Liga en las llanuras de Feurs y al pie de las murallas de Montbrisón.

Honorato d'Urfé, nacido el 11 de febrero de 1568, era marsellés. No vivió suficiente tiempo en su ciudad natal para adquirir su legendaria charla, pero había respirado lo bastante en aquella atmósfera para conquistar la prolija locuacidad de sus compatriotas. Aunque conservó tierno y constante recuerdo de la tierra nativa y aunque los masillos desempeñan un papel en la *Astrea*, reservó todo su cariño para el país de su juventud, que era la cuna de su familia, es decir para el Forez y las orillas del Lignón. Los d'Urfé eran grandes señores de toda la comarca que se hallaba erizada de sus castillos y torreones, de los que aún se conservan muchos. En el Puy-de-Dôme, ayuntamiento de Champoly, se alzan, en la cima de un pico, las imponentes ruinas del castillo de Urfé, edificado en el siglo XIII. La arquitectura es maciza y defensiva; desde lo alto de las gruesas torres que domina el camino de ronda sembrado de matacanes, se divisan en el horizonte las montañas del Delfinado y de Saboya.

La genealogía de los d'Urfé se remonta á época tan lejana que se pierde en la leyenda de los viejos príncipes alemanes. Cuenta ésta que en el año 789 el señor Isamberto se desposó con Hirmantrida, que le dió doce hijos de un solo parto, mientras él estaba de caza. Temiendo que su marido la acusase de adulterio, encargó á un criado que ahogase á once de los recién nacidos. El criado encontró á su amo á orillas del río y le dijo que iba á ahogar once lobeznos que su loba acababa de parir. Habiendo reconocido Isamberto que eran niños, sospechó que fuesen los suyos, los hizo educar secretamente y cuando fueron grandes se los presentó á su madre, preguntándole si reconocía á aquellos lobos,

en alemán *Vulphe*. Hirmantrida lloró de alegría en compañía de su marido y sus descendientes conservaron el nombre de Vulphe, que por corrupción se convirtió en Urfé. Uno de ellos, — Enrique Vulphe, llamado el León Orgullosa, fué á vivir en el Forez, donde los genealogistas han podido establecer una gloriosa filiación hasta que se extinguió la familia en la época de la Revolución.

Honorato pasó su infancia en el Forez, en el castillo de la Bâtie, adonde volvió después de terminados sus estudios en Tournón. Siempre conservó el más agradable recuerdo de aquel tiempo feliz. Treinta años después, en el prefacio del tercer volumen de la *Astrea*, complaciase en recordar el hermoso y agradable río de Lignón, y « el mucho contento que he recibido á lo largo de tus orillas, á la sombra de tus hojosos árboles y con la frescura de tus cristalinas aguas ». Los acontecimientos políticos le sacaron de aquel retiro campestre; perteneció á la Liga y sirvió primero bajo las órdenes del duque de Nemours, de quien era teniente, cuando fué hecho prisionero por los realistas en Feurs, en 1595, á consecuencia de una perfidia de que fué víctima. Hay que oírle, en sus *Epístolas morales*, hablar el activo lenguaje del noble y del soldado, cuando amenaza al traidor que quiso perderle para suplantarle en el favor del duque: « Le ha ocurrido lo mismo que al incauto muchacho que, enamorado de la llama de la candela, echa á ella la mano para cogerla, sin discernimiento y, pensando apagarla entre los dedos, halla que, al destruir la belleza de dicha llama, sólo le queda una quemadura que le escuece durante largo tiempo... »

Sin dignarse nombrarle, le desafía con desdeñoso arrojo: « Bástete eso, en tanto que mi espada te abre un poco el conocimiento; porque es ella y no mi pluma la que he recibido en herencia para señalar á mis enemigos. » Había que citar esta página entre otras muchas para mostrar á d'Urfé en la altiva actitud de los caballeros del reinado de Enrique IV, con el puño en la guarda de la tizona, olvidando los madrigales para enviar carteles de desafío y reemplazando los cayados adornados con lazos por la daga y el estoque. No hay que imaginar un parentesco demasiado estrecho entre d'Urfé y Celadón, ni figurárselo como un enamorado lleno de languidez, que entona versitos galantes. Contémplese su retrato grabado al frente de sus obras; esa mirada tranquila, sin falsa ferocidad, esa barbilla puntiaguda, ese bigote levantado en forma de abanico, esa frente despejada bajo la cabellera echada hacia atrás, esa piel de león que tiene sobre los hombros, las mazas que sostienen el marco y todos los demás detalles, no son los atributos de un doncel amartelado; y á no ser por el amorcillo que revolotea cerca de un carcaj, en un extremo del cuadro, nada recordaría que aquel Artabán ha escrito la *Astrea*. No es fácil siempre reconstituir la verdadera fisonomía de un autor, mediante el solo examen de sus obras, y hay que

convenir en que el género pastoral es, desde este punto de vista, el más pérfido, si se tiene en cuenta que el padre de Celadón anduvo de cuchilladas durante la mitad de su vida en el Forez, en Provenza y en Saboya; que el dulce Florián hacía pasar su caballo sobre el cuerpo de la gente del pueblo; que fué oficial de la guardia nacional durante la Revolución y pronunciaba arengas populares en la sección del Mercado de Granos, cuando no se entretenía en componer novelitas obscenas; y por último, que Robespierre escribía poesías pastoriles. Hasta podría decirse que la dulzura inofensiva de la obra indica en su autor un temperamento altivo que se complace en distenderse y, como decía Molière, en dulcificarse en contacto con las soserías campestres. Lo cierto es que el éxito de la *Astrea* se debió en parte á que procuraba una emoción pura, tranquila y sedante en medio de una de las épocas más turbulentas y sangrientas.

Quando d'Urfé salió de su prisión, estaba moribundo el duque de Nemours y la causa de la Liga no se hallaba en mejor situación. Corrió á Montbrison amenazada por los realistas y su impetuosa temeridad le hizo una vez más caer prisionero. La Liga tuvo en él uno de sus héroes. El relato de su carrera militar sería una verdadera epopeya. En su prisión puso manos á la obra y compuso las *Epístolas Morales* con una serenidad sonriente y una resignación fácil: « Estos discursos son debidos al enfadoso ocio que me procura la prisión en que me hallo aún. Sin embargo así como la abeja saca miel de las flores más amargas, he creído que de estos tristes tiempos podría sacar algún alivio con mi pluma. »

Después de la sumisión del Forez, no creyó prudente d'Urfé presentarse á Enrique IV, y fué á pedir asilo al duque de Saboya, cuya hospitalidad pagó sirviendo bajo sus órdenes contra Francia. Para excusar esta villanía hay que recordar que la idea de patria ha tenido varios eclipses en el curso de la historia. ¿ Recordó tal vez d'Urfé que entre sus ascendientes figuraba el condestable de Borbón? Hubiera debido hacerlo olvidar. En 1596, abandonó el oficio de las armas y se instaló en Chambéry para consagrarse á las letras; escribió entonces su poema bucólico *Sireina*, un poema heroico sobre los orígenes fabulosos de la casa de Saboya y la *Saboisiada* ó la *Beroldiada*, del nombre de Beroldo su fundador.

En 1600 tenía d'Urfé 32 años. Habiendo quedado viuda su cuñada Diana de Chateaurand, por haber recibido las órdenes Ana d'Urfé, se desposó con ella Honorato, más por interés que por inclinación, á fin de que sus bienes, que eran muy importantes, no pasasen á otra familia. Este matrimonio ha dado lugar á la leyenda que hace de Honorato el prototipo de Celadón, el enamorado perdido y desdichado de Diana, desdenada por su hermano Ana y que no logró poseer el objeto de su

amor sino al cabo de una espera galante de veintitrés años, en el curso de los cuales le impulsó la desesperación á entrar momentáneamente en la orden de los caballeros de Malta. Es muy sensible que este cuento conmovedor sea pura fábula, y es cómico al mismo tiempo que los historiadores lo hayan contado, si se tiene en cuenta que, cuando Diana se casó con Ana tenía trece años y su amante desdeñado, el pobre Honorato, era un muchachuelo de nueve años. Ésta es otra leyenda que hay que agregar á la de que Margarita de Navarra iba á dulcificar las horas de cautividad de Honorato en Ussón, con algunas de amor¹. Parece que la crítica se complace á veces en atribuir á los novelistas algo de lo que ellos nos atribuyen; y así como ellos novelan nuestra existencia, queremos nosotros novelar la suya. La realidad es más vulgar que todos esos cuentos.

Figúrese el lector la vida matromonial que hicieron Honorato y Diana en su imponente castillo de Forez. Esta última, después de haber sido muy hermosa, se había puesto muy gorda, y como no había abdicado de sus pretensiones, ofrecía el ridículo contraste de la coquetería en medio de la obesidad. Entre los días de fiesta se la veía poco, pues era invisible é insociable, teniendo otros cuidados superiores al de hacer agradable la vida á sus familiares: tenía que luchar con la edad y preservar los restos de la hermosura. Vivía por precaución en una especie de penumbra; las ventanas tenían dobles cristales para preservarla del aire y dobles visillos para ponerla á cubierto de la luz; su delicado rostro estaba continuamente cubierto por un antifaz. Sus amigos eran los perros, que no se separaban de ella y á los que dejaba amplia libertad para ensuciar las alfombras, echarse en las sillas, y acaparar la cama.

No tardó Honorato en cansarse de semejante mujer y no nos cuesta trabajo creerlo. Separáronse, pero sólo en cuanto á hacer vida matrimonial; nuestro novelista era hombre hábil: abandonó la mujer y se quedó con los bienes. Repito que no tenía nada de común con Celadón.

D'Urfé se consoló de sus infortunios conyugales con la pluma y con las armas. Fué á vivir algún tiempo cerca de Turin á orillas del Po; volvió luego al Forez; guerreó en Saboya y en el Piamonte; tomó parte en el asalto de la Pievé (1625), en el estado de Génova, que se había sublevado á instigación de España; se cayó del caballo, fué transportado á Villafranca, y allí murió el mes siguiente. Hicieronle pom-

1. Una alta dama española, la duquesa de Frias, dando noble ejemplo de amistosa compasión, visitó en la cárcel al poeta D. Juan Nicasio Gallego el cual, en la hermosa *Elegía* que consagró á su muerte, consigna el recuerdo en los sentidos versos:

En el mezquino lecho
De cárcel solitaria
Fiebre lenta y tenaz me consumía...

(N. del T.)

posos funerales en Turín. Pedro Camus, obispo de Bellay, que le había visto poco antes y que había bendecido sus armas, escribió al tener noticia de su fin: « La memoria de este señor me es tan agradable como un perfume que se derrama. » Es la oración fúnebre más bella y más conmovedora.

¡ Qué figura tan interesante y enérgica la de este novelista muerto en una carga de caballería, la de este soldado que fué á la vez un gran señor, un valiente general, un hombre de mundo y un gran escritor! Van Dyck pintó su retrato que fué grabado por Van Schouppen y Michel Lasne: es en verdad el tipo que nos ha dado á conocer la historia, bastante amable para pintar el amor y bastante arrojado para arriesgar constantemente su libertad y su vida en medio de los combates.

Hablemos ahora de la *Astrea*. Este matrimonio es el que se celebra en el capítulo 1.º de la obra. « Cerca de la antigua ciudad de Lyon, hacia poniente, hay una comarca llamada Forez ». Así empieza el primero de los cinco gruesos volúmenes de la *Astrea*. En este país ha habido en todo tiempo pastores que, gracias á la dulzura del clima, á la fertilidad de los campos y á su bondad natural, viven « tanto más *afortunados* cuanto menos conocieron la *fortuna* ». Véase qué encantador concepto.

El más lindo de estos pastores era Celadón que amaba á la pastora Astrea. Ahora bien, una mañana, al encontrarse á orillas del río, mostrábase Astrea triste é incomodada pues había dado crédito á los falsos informes que le habían comunicado, diciéndole que Celadón era voluble. Manifestóse irritada con él y le prohibió que en adelante se presentase en su presencia. Celadón desesperado arrojóse al río, y Astrea también; á ésta la salvaron unos pastores. En cuanto á Celadón sólo se encontró su sombrero á orillas del Lignón.

Su cuerpo fué recogido por tres hermosas ninfas « cuyos cabellos caían sueltos y ondulantes sobre los hombros, cubiertos con guirnalda de diversas perlas ». Las ninfas se llevaron al hermoso ahogado á su palacio.

Estos sucesos tenían lugar en el siglo v, en el momento en que el mundo romano sucumbía bajo la invasión de los bárbaros y en que la ruina y las guerras devastaban todas las comarcas excepto la que habitaban los pastores del Lignón. Vivían éstos en paz inalterable en medio de la universal perturbación, semejantes á la salamandra que dormita en medio de las brasas. Habían confiado el poder y el gobierno á las mujeres, que se los transmitían hereditariamente desde hacía siglos. En la época de Honorato d'Urfé el Forez, después de haber sido

1. Parece copiado de Ereilla, cuando dice:

El más seguro bien de la fortuna
Es no haberla tenido vez alguna.

largo tiempo patrimonio de las duquesas de Borbón, formaba parte de la dote de las reinas de Francia, de suerte que seguía continuando la tradición antigua. En cuanto á los súbditos de la reina, eran pastores, pero no de esos pastores vulgares que no tienen ni educación ni maneras; eran pastores y pastoras, grandes señores y grandes damas que habían renunciado al mundo para estar seguros de hallar la calma y la dicha en la soledad. Con la diferencia de la disciplina, habíanse retirado al seno de la naturaleza como otros se retiran al claustro. No hay que tomarlos pues por aldeanos, sino por gente que veranea en el campo.

En cuanto al país donde viven estos felices pastorcitos, es el Forez, que tiene por capital á Marcilly donde tiene la reina Amasis su corte de ninfas. En los alrededores se hallan esparcidos algunos dominios, castillos ó lugares como Montbrisón, Issoure, Montverdún, donde está el colegio de los druidas, Bonlieu donde se halla el convento de las vírgenes druidesas, Feurs, Moind y algunos otros.

Véase Astrea víctima de sus sospechas injustas. Había recomendado á Celadón que fingiese amor á otra pastora á fin de engañar á sus dos familias que se hallaban separadas por un odio profundo. Semiro, joven extranjero recién llegado al Forez, no pudo ver á Astrea sin enamorarse de ella. Fiando en la idea de que el amor justifica los medios, sugirió á corazón de la pastora dudas amargas acerca de la fidelidad de Celadón y llegó á persuadirle que éste experimentaba en verdad, hacia la falsa rival, el amor que parecía fingir. Si creemos fácilmente lo que deseamos no somos menos inclinados á creer lo que tememos. Astrea, perdida en parte la confianza, se dejó persuadir por el traidor, acusó á Celadón de ingratitude y le desterró de su presencia. Pero cuando supo el fin funesto de su amigo y cuando hubo leído en el tronco de los árboles los versos apasionados que Celadón grababa con destino á ella, cuando encontró en el forro del sombrero, donde Celadón tenía costumbre de ocultar su correspondencia, las tiernas galanterías que el difunto le reservaba, costóle trabajo sobrevivir á su pena y no halló más consuelo que en la amistad de sus dos fieles compañeras, Diana, la amiga del pastor Silvandro, y Filis que amaba al hermano de Celadón, llamado Licidas.

Con estas amigas se lamentaba Astrea de sus desgracias mientras Celadón sorprendido recibía en el castillo de Issoure las comprometedoras atenciones de la ninfa Galatea. En tanto que Astrea se complace en recordar las circunstancias en que había conocido á aquel amable

1. Se observa perfectamente en Urfé la influencia de las lecturas españolas. Hay que advertir que entonces todas las novedades literarias de España se leían en Francia casi al mismo tiempo que en la corte. En 1617, apenas apareció la novela *Persiles y Segismunda* de Cervantes fué reproducida en París en castellano, y todo libro de amena literatura tenía la misma suerte. (N. del T.)